

Ángeles Vidal Guevara



Glosa al Pregón
de la
Semana Santa 2017

Pronunciada en Asamblea Pública y Solemne de la Junta Mayor de Cofradías, Hermandades y Mayordomías, celebrada en el Teatro Circo, el día 24 de marzo de 2017, cuarto viernes de Cuaresma.



Grabado del siglo XVIII

ORIOLANOS:

Oíd lo que se hace saber de parte de la Junta Mayor de Cofradías y Hermandades: Dicha Junta, en asamblea pública y solemne, presidida por el Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo de la Diócesis Oriolense y el Sr. Alcalde de nuestra ciudad, ha acordado que en la próxima Semana Santa se celebren los tradicionales desfiles procesionales, ya famosos en el patrio solar, más que por su fastuosidad y magnificencia, por su acendrado espíritu cristiano.

Una vez más se va a conmemorar en nuestra ciudad la Pasión y Muerte de nuestro Señor: ningún marco más adecuado que la silueta cuajada de torres de nuestra mística Oleza; ninguna primavera tan suave y olorosa como la de este viejo rincón levantino, ningún cielo más azul, más cielo, que el que cubre esta tierra poblada de amor y bendición, para volver a vivir emocionalmente aquellos días en que la Sangre del Justo nos señalaba una vida mejor e interminable.

El monte, la vega y el río están repletos de cánticos que exaltan la grandeza de Dios.

Oriolanos: Vivamos intensa e íntimamente la Semana Santa. Recibamos todos la entrada de Jesús con la palma - blanca y pura, airosa y triunfal - de nuestra alma en el Domingo de Ramos, brote de nuestros pechos la oración ferviente en la tristeza insondable del Jueves Santo, y oigamos las jubilosas campanas del Domingo de Resurrección con la alegría de sabernos redimidos.

* Este pregón, obra de Antonio García-Molina Martínez, se leyó por vez primera, el día 20 de febrero de 1947, primer viernes de Cuaresma, en el salón de Plenos del Excmo. Ayuntamiento de Orihuela.



Excmo. y Rvdmo. Sr. Obispo.

Excmo. Sr. Alcalde.

Sr. Presidente de la Junta Mayor de Cofradías, Hermandades y Mayordomías.

Ilmo. Sr. Caballero Cubierto.

Sr. Abanderado de la Junta Mayor, Rafael, el evocador sonido de nuestra Semana Santa.

Sra. Nazareno de Orihuela, Ana María, representas la parte más solidaria de nuestra Semana Mayor.

Sra. Armengola y Embajadores.

Autoridades.

Señoras y señores.

Amigos.

En primer lugar, quisiera agradecer a la Junta Mayor, y en especial a su presidente Ignacio Martínez, el honor, y la emoción que me produce, poder estar ante ustedes como glosadora del Pregón de la Semana Santa.

Cuando recibí la inesperada propuesta, no dudé en aceptarla con gran ilusión, aunque inmediatamente fui consciente de la hermosa responsabilidad que recaía sobre mí. No me avalan méritos culturales, literarios o religiosos, tan solo ese amor profundo por esta tierra y sus tradiciones del que me han oído hablar en alguna ocasión. Por ello,

pronto aparecieron serias dudas ante la complicada tarea de ordenar ideas y sentimientos.

Los que me conocen bien saben con qué devoción y entusiasmo se vive la Semana Santa en nuestra familia, ¿cómo condensar todo lo que he ido atesorando a lo largo de la mayor parte de mi vida en una glosa?

Fue entonces cuando vinieron a mi memoria las palabras del escritor Eduardo Galeano:

“Recordar, del latín re-cordis, volver a pasar por el corazón.”¹

¡Ahí estaba la clave! Era tan sencillo como eso: Volver a pasar por el corazón. ¡Recordar! Recordar experiencias, sensaciones, vivencias e intentar que mis palabras les conduzcan a una nueva visión del mensaje más antiguo.

Sin embargo, mi mirada no podía ser infantil. Mis primeros recuerdos corresponden a otra Semana Santa, la de Lorca, lugar donde nací. Me veo a mí misma, muy pequeña, sobre los hombros de mi abuelo, entre una multitud que aclama con fervoroso entusiasmo a la Virgen de los Dolores, mi Virgen, mientras las cornetas tocan apasionadamente el himno y el palio roza apenas en su vaivén el dintel de la puerta. Recuerdo las imágenes de las iglesias cubiertas de morado cuaresmal y la atmósfera tenebrosa e intimidatoria que producía en nosotros, los niños; junto a la prohibición implícita de cantar o reír en Viernes y Sábado Santo, pues “el Señor había muerto”. Junto a ello, el tierno y dulce aroma de las torrijas recién hechas de mi tía-abuela para desayunar, las prisas y el sigilo con que mi padre nos llevaba a ver la procesión del Silencio y, justo después, las emociones encontradas al subir cada madrugada de Viernes Santo el Calvario lorquino con el vía crucis huertano en los labios.

Semanas santas diferentes, el mismo sentimiento y la misma fe. Las sensaciones y recuerdos que se graban en la infancia y la juventud, lo que aprendimos a amar entonces, permanece siempre como una huella indeleble en el alma y nos ayuda a conservar nuestras raíces.

Al llegar a Orihuela, en la adolescencia, aprendí muy pronto a reconocermé aquí. Me veo todavía como una jovencita fascinada por la belleza y monumentalidad de la nueva ciudad en la que residía. Con una especial sensibilidad para el paisaje, no dejaron de sorprenderme

durante meses la maravillosa vista de las casas asomadas sobre el río, las cúpulas azules y las torres medievales, el seminario encumbrado en la montaña, el imponente Santo Domingo. Aprendí a amar esta ciudad, a hacerla mía y descubrí en el rincón más pequeño de sus muros y de su huerta la esencia de su historia.

Me acerqué con curiosidad expectante a la Semana Santa. Existía una Virgen en mi parroquia de San Vicente, cuyo manto en la procesión lucía bordados lorquinos, y una Madre Dolorosa a la que muchos años después acompañé animada por una amiga, que me regaló mi primer traje de mantilla y que me aconsejó: *“Ve muy, muy cerca de la Virgen en la procesión para que, al parar, te puedas volver y mirarla siempre”*. Y asistí a desfiles de *armaos* barrocos muy diferentes de los que conocía y a la preparación de los pasos en Casa Madre del Carmen; pasos que a veces, al procesionar, perdían por unos minutos la luz que los iluminaba hasta que unos metros más adelante, y gracias a un juego de cables incomprensible para mí, volvían a iluminarse.

Pero todo hubiera quedado en un papel de simple observadora, si no hubiera contado siempre con personas a mi alrededor que me descubrieron la esencia de cada símbolo. Porque en la Semana Santa nada es aleatorio o casual. Todo es simbólico, desde el color que inunda nuestras calles a la forma de iluminar cada paso, la manera de transportarlo, el adorno floral, el silencio o el bullicio, la cara descubierta o el capuchón, el farol o el cirio, la sandalia o la zapatilla... son signos externos de un sentimiento íntimo en el que imprimimos nuestra particular forma de ser y del momento de la Semana Santa que vivimos.

Se trata, al fin y al cabo, de la forma en que los oriolanos accedemos al sentimiento religioso. Ni la expresividad andaluza, ni el rigor castellano; el oriolano es acogedor y abierto y el símbolo de su generosidad es el dulce regalo que el nazareno ofrece al espectador, el símbolo de su penitencia es el peso de la dulce carga sobre sus hombros o de la pesada carga del trono sobre su espalda.

“Llamar a la Semana Santa”, ese es mi cometido hoy, pero Orihuela ya tiene su mejor pregón cuando cada año la ciudad entera se ofrece en un arrebató de hospitalidad, cuando casas, torres y conventos abren sus puertas, cuando la flor del naranjal derrama su aroma en la brisa

inesperada y cálida del atardecer, preludio del sonido de carracas, campanas y bocinas; en el devoto recogimiento con el que trasladamos nuestras imágenes desde las hornacinas y clausuras donde duermen entre oraciones a las calles e iglesias donde esperarán a sus fieles cofrades, en la explosión rosada de los almendros que parecen repetirnos, como el joven Miguel:

*“¡Marzo! ¡Viene Marzo...! El astro de rubios
cabellos, la huerta satura y orea.*

Son las brisas tibias y llenas de efluvios...

¡Marzo! ¡Viene Marzo! ¡Bendito sea!

*Las flores despiertan de su frío sueño
abriendo a los besos del sol sus corolas,
sobre los sembrados del verdor risueño*

florece sangrientas miles de amapolas[...]

*¡Marzo! ¡Viene Marzo, pródigo y amigo,
reanimando vidas y sembrando flores!”²*

Un marzo que se tornó trágico para él, un domingo de Ramos de muerte y tristeza, cuyo aniversario celebraremos en unos días.

Y Orihuela también anuncia su Semana Mayor, cuando en un presagio de lo que ha de suceder, unas voces graves, roncas, discurren por el silencio, rompiendo la paz de la noche y la del alma. Esas voces *a cappella* nos anticipan una semana de injusticia y sufrimiento.

*“Por ventanas y balcones
mucho gente se asomaba”[...]³*

*“[...]un canto de dolor dobla campanas
en todas las esquinas y rincones.*

*¡Semana de Pasión! ¡Garganta pura
que llora con sus cantos oriolanos [...]⁴*

Pero antes, mucho antes de seguir el canto por callejuelas repechadas en la sierra apenas iluminadas con faroles, antes de escucharlo a cuatro

voces en Triana, antes de oír en la Plaza de la Centuria Romana que *“se ha hecho plaza la Pasión...”* en honor al maestro Picazo, antes de terminar comiendo pan caliente en la Tahona de madrugada, antes de asistir al encuentro de pasiones, bocinas, clarines y trompetas, antes ... tal vez, al saborear el arroz y costra de San Antón y las almojábanas, un gran amigo exclama cada año: *“¡Ángeles, ya estamos en Semana Santa!”*. No podía imaginar cuando escribí estas líneas, Federico, amigo mío, que las escucharías como Caballero Cubierto.

También, cada año en esas fechas, alguien muy querido para mí me recordaba que *“había que sacar el bajo a las vestas de los chiguitos, que ¡mira cuánto han crecido! ¡Y también alargar las bolsas de caramelos que luego les quedan muy altas!”*. Entonces, las manos de la costurera, que un día lejano cortaron una capa española para el canto de la Pasión, cosían y arreglaban entre un revuelo de rasos negros y rojos, negros y verdes, de terciopelos y cíngulos azules, de flecos dorados y túnicas blancas. Y entre prueba y prueba, por el pasillo la banda de pequeños nazarenos ensayaba la dádiva del caramelo, el toque de la corneta o el del tambor, el paso arrastrado del costalero o el ágil y marcial del *armao*.

Cada noche, mientras oía el perseverante ensayo de cornetas en el Oratorio y clarines en Santa Lucía, yo reponía pacientemente los flecos, las piedras y alguna que otra borla a unos trajes de pequeños *armaos* que, con más de treinta años, seguían cumpliendo su función. Hacía botas, calzas y coronas de laurel para que cada domingo de Ramos, al colocarles las capas sobre sus hombros, mis hijos tomaran el relevo de las dos tradiciones de las que eran depositarios. Ya me lo dijo alguien una vez: *“...que Lorca tendría los mejores Romanos de España... pero ¡aquí en Orihuela estaban los mejores Armaos del mundo!”*

Así, volvía a completarse el círculo, volvía a reconocerme a mí misma en esta tierra que me ha devuelto con creces mi amor por ella.

Cuando mi querida costurera acababa cada año los arreglos, cambiaba la mesa de cortar por la de pintar y escribir y desgranaba en colores y en palabras su alma oriolana. Si algo me hizo conocer y contemplar la Semana Santa con ojos distintos fueron los cuadros de Carmen Carrillo. Su mirada inocente, sencilla, llenó de escenas costumbristas mi imaginario y el de sus nietos. Cada momento de nuestra Semana Mayor, captado con la pupila de un niño: Vírgenes desconsoladas

por el sufrimiento del Hijo, nazarenos multicolores, crucificados, caballeros cubiertos, mantillas, personajes enmarcados en la catedral, en Santiago, en la calle de San Juan, reflejando pequeñas escenas que, como en una película, contaba una y otra vez a mis hijos. Historias que volvía a repetir incansablemente cuando, sentados en la calle, las imágenes pasaban por delante de sus atónitos ojos, incrédulos ante el injusto drama que ocurría ante ellos, y entre el bostezo somnoliento y la expectativa del dulce, soltaban por unos segundos la bolsa de su manita y señalando fijamente el Huerto de Getsemaní, el pozo de Sicar, la Cena, los Azotes o el balcón de Pilatos, preguntaban: “Aquí, ¿qué pasa, mamá? ¡Cuéntamelo!” y en una narración interminable, yo repetía la historia sagrada de amor inmenso y sufrimiento que les serviría de lección de vida. A veces, preguntaban: “Y Él, ¿cómo se sentía, mamá? Y su Madre, ¿por qué lloraba?”.

Entonces, yo les explicaba con sabores florales a rosa y alhelí y aromas de bergamota y guirlache que entre el amor de la Madre y la fidelidad del amigo, siempre hay una Dolorosa, una Soledad, una Angustia pero, también, hay Consuelo, Perdón, Esperanza y Ángeles que confortan. Entre la amargura del huerto, la traición en la cena, la negación del canto del gallo, los azotes, las espinas y el Calvario, también hay cirineos, verónicas, samaritanas y lágrimas de arrepentimiento.

Entre el domingo de palmas y olivos, con el cielo pintado de azul sobre la inmensa huerta, y el domingo de campanas al vuelo, existe un camino de entrega al otro para renacer a lo nuevo. Es cuando Joaquín Mas Nieves dice que:

“Abril herido

[...] se duele de su flor primera [...]

Otra vez, en abril, graves campanas;

otra vez los ocasos sangran rojos;

otra vez las espinas, los abrojos;

tristezas, otra vez, en las mañanas [...]”⁵

Y tras el largo y evocador toque de la bocina anunciadora y sus acompañantes gemelas, asistimos durante cuatro días al traslado intenso y continuo de la Pasión de Cristo. Veremos cómo es vendido

por treinta monedas, negado por su amigo más fiel, abandonado por sus discípulos, asistiremos a sus momentos de duda, oiremos los gritos de la muchedumbre insultándolo, será azotado, coronado de espinas, ultrajado y condenado a muerte. Os animo, entonces, a vestir el capuchón del nazareno y a ajustar muy bien los ojos de la capucha con el capirote, dándole un puntito a las cintas, para que podáis también ajustar la mirada y contemplar con nuevos ojos el mensaje que transcurre por nuestras calles.

“¿Cómo se ve el mundo tras el antifaz nazareno?”

¿Qué ven tus ojos?

¡Ojos alegres tras el antifaz nazareno!

Vuelan, vuelan arriba...pero el pesado cirial toca la tierra....

¡cielo y tierra!”, nos recordaba Ramón Sijé⁶.

Esa es la mirada auténtica de la Semana Santa: mirar arriba, a las imágenes, a Dios, y también abajo, al que espera, al necesitado. Porque el capuchón del nazareno no permite distraerse ni mirar hacia otro lado. Mirar la Pasión de Cristo, enmarcarla en el sonido de nuestra Semana Santa y encontrar en ella la pasión del hermano que sufre.

“España llora” ante la madre que acoge en su regazo al hijo muerto por el hambre, toques de tambores que recuerdan a las bombas de guerras absurdas, la madre que busca consuelo en medio de la impotencia, por ver a su hijo sufrir el azote de la enfermedad y la pobreza. Porque todo *“estaba escrito”* y entre las notas de *“Mektub”*, vemos al refugiado, al excluido, al que no es aceptado por diferente, por extranjero, al que está recluido entre rejas y muros y, como a *“Jesús preso”*, se le somete a violencia en un penoso caminar entre leyes injustas y tierras de nadie. En ese doloroso *“Prendimiento”* del que sufre, tan solo nos queda dirigir la mirada a Cristo, hacia cada hermano caído a nuestro lado, *“Cristus a venia”*, y ser cirineos y verónicas que rompan la cadena del dolor. Extender sobre ellos el lienzo de la misericordia.

Hace años oí comentar que las manos de la imagen del Cirineo habían sufrido los golpes de la cruz de Ntro. Padre Jesús de la Caída a causa del adoquinado de las calles y esto le había fracturado los dedos. Pensé que no había mejor metáfora que aquella para expresar lo que significa *“ser cristiano”*: ayudar al caído, aunque suponga sacrificio, dolor,

entrega. Vivir la Semana Santa no solo con la emoción y la nostalgia, vivirla siguiendo el mensaje de Jesús es salir de nosotros mismos para ir al encuentro de los demás, movernos en primer lugar hacia aquellos que necesitan nuestro apoyo y solidaridad.

Dice el Papa Francisco:

*“Abramos nuestros ojos para mirar las miserias del mundo, las heridas de tantos hermanos y hermanas privados de dignidad [...] nuestras manos estrechen sus manos, y acerquémonos a nosotros para que sientan el calor de nuestra presencia, de nuestra amistad y de la fraternidad. Que su grito se vuelva el nuestro y juntos podamos romper la barrera de la indiferencia...”*⁷

Solo así, en el atardecer púrpura del miércoles de trasladados en el que el amor hecho mirada de Ntro. Padre Jesús vuelve a derramarse sobre cada uno de nosotros, podremos ser cirios penitentes cuando:

*“...entre mil encapuchados con mil llamas de mil cirios,
con las carnes desgarradas aún más pálidas que lirios
y la cruz sobre los hombros, cruza, humilde, el Nazareno”*⁸

Y más tarde, en la Cena universal compartiremos su gran pacto de amor con nosotros, y el mayor signo de humildad y servicio hacia los demás, mientras los ecos del “Adiós a la vida” siguen resonando en nuestro corazón.

Es, entonces, cuando todo ese laberíntico traslado de escenas sagradas, personajes, música, flores, estandartes, cirios y faroles reposará colocado minuciosamente bajo la bondadosa mirada de la Madre de Monserrate. Ella acoge todo ese sufrimiento, da igual el espacio, todo tiene cabida en su corazón y nos lo devolverá, en la tarde del viernes, dotándolo de sentido.

“Jueves Santo. La tarde se quedó inmóvil.

Se oían los gorriones de toda la ciudad como en un huerto. El grito de una golondrina, las alas de un palomo rasgaban la seda del silencio.

*Arriba tableteaba huesuda y áspera la carraca [...]”*⁹

Tarde de oración y oficios, solo rota por el canto grave entre las figuras de la Pasión. Orihuela expone hasta sus más escondidos tesoros en

cada capilla y en cada monumento en un gesto de amorosa entrega al visitante.

*“Jueves Santo. De mañana
antes de salir el sol,
iba el Rey de las almas
contemplando su Pasión
con la Reina Soberana”¹⁰*

*“Una bocina se oye...
Una cruz, al frente, avanza...
...Y al monocorde tañido,
de un tambor que lento ataca [...]
al que otro, más distante,
también, tañendo, le ensalza[...]"¹¹*

En medio de la plaza, la luna sigilosa y blanca contempla el lento caminar de los faroles. Un recorrido de sombras se proyecta en cada balcón, notas melancólicas envuelven la solitaria cruz que se aleja acompañada del silencio. Y ellas, las notas, se refugian en la sierra y por empinados callejones van al encuentro del Cristo entre los enclaustrados arcos de la catedral.

Después, solo nos queda confirmar la peor verdad, la de una Buena Muerte, entre los metales de una marcha fúnebre y de un desolador miserere, acompañando a los austeros penitentes que minutos antes meditaban en el patio de la más hermosa universidad. En el silencio de la vuelta, por las desiertas calles de Oleza, las sombrías horas del desasosiego y la duda: ¿para qué tanto sufrimiento? ¿Qué sentido tiene tantos hermanos crucificados a nuestro alrededor? Cristos de Zalamea, de las Santas Mujeres, del Calvario, de la Agonía, del Consuelo, de la Buena Muerte. Noche de silencio interior.

“De los balcones descendía una lluvia silenciosa de flores.

Se quedaba la luna sola en la calle, y más lejos iban abriéndose otros cauces quemados de velas y ondulados de silencio de oraciones del Entierro de Cristo.

De los campanarios caían las horas glaciales y largas...”¹²

Un antiguo cortejo fúnebre procesiona en torno a nuestra catedral. Tradición única, serena, gremial, el luto impregna la tarde de solemnidad. El caballero, la soledad inmensa de la Madre y una mano santa descolgada de un cuerpo yacente sin huellas del sufrimiento.

*“¡Y esa mano, y esa mano que, muerta,
mas no del todo fría,
levemente entreabierta
bendice todavía!”¹³*

Detente, oriolano, detente en la puerta del Loreto y observa cómo el cortejo entra hacia la girola y se va descubriendo, las lanzas se doblegan con sus crespones negros, el obispo en su cátedra espera a la Soledad, tan solo el caballero honrado permanece cubierto.

Y de pronto, la imagen única, esperpéntica, de rostro tremebundo que se desvía y, fugazmente, nos da la respuesta a las dudas:

No hay muerte, ni tiempo, ni pecado, al final,... ¡solo vida!

Más tarde, en la algarabía de la Pascua blanca, de monas, globos, niños y palomas, constatamos un renacer a lo nuevo. En la luz de esta noche, el corazón encuentra de nuevo fuerzas para amar y esa luz trasciende a nuestros pensamientos, a nuestras actitudes y es que hemos aprendido, por fin, a mirar a través del capuchón del nazareno.

Desde la privilegiada situación en que me hallo esta noche, les invito a iniciar este viaje de renovación espiritual a través de nuestra Semana Santa con las palabras de Gabriel Sijé:

“Ven tú,[...] viajero que recorres todos los caminos, amoroso viajero. Si buscas la pura melodía, aquí está, serenándose en el aire azul; si buscas la paz rumorosa- el agua en la sed de tu camino-, aquí está, entre cristalinas canciones; si tienes un amor distante y lejano en el corazón, impaciente por despuntar como el alba, y un hosanna te florece en los labios, florécelo aquí, amorosamente. La ciudad te espera en la prometida mañana; la ciudad toda, en alma y cuerpo... Columbras una cruz en lo alto, entre cendales de nubecillas, porque nuestra ciudad empieza así, con una cruz; y flechas de campanarios, y flores de cúpulas, y palomas, y cánticos. La ciudad -viajero de todos los caminos, amoroso viajero- es Orihuela: olor de liturgia y frutal”¹⁴

Para finalizar les rogaría que me permitiesen dedicar esta glosa
al nazareno,
al *armao*,
al cofrade,
al penitente,
al cantor de la Pasión,
al costalero que está siempre a mi lado...a Antonio, mi marido.

Muchas gracias.

Orihuela, Cuaresma de 2017.
Ángeles Vidal Guevara.

BIBLIOGRAFÍA:

- ¹ Galeano, E. (1989). *El libro de los abrazos: imágenes y palabras*. Madrid: Ed. Siglo XXI
- ² Hernández, M. (1979). ¡Marzo viene...! *Poesías completas*. Ed. A. Sánchez Vidal. Aguilar.
- ³ Anónimo (s. XVI). *Canto de la Pasión*. Transcrito a partitura por Federico Rogel (s. XIX).
- ⁴ Mas Nieves, J. (1981). El canto de la Pasión del Segura. *Desde la margen izquierda*.
- ⁵ Mas Nieves, J. (2001). Abril Herido (Oficio oriolano de Tinieblas). *Revista Oleza de la Semana Santa*.
- ⁶ Sijé, R. (1930). *Voluntad* Año I Número 3
- ⁷ Papa Francisco (2015) *Misericordiae Vultus* (Recuperado de: https://w2.vatican.va/content/francesco/es/apost_letters/documents/papa-francesco_bolla_20150411_misericordiae-vultus.html) [20/feb/2017]
- ⁸ Hernández, M. (1930). El Nazareno, poema dedicado a Ntro. Padre Jesús. *Voluntad* Año I Número 3
- ⁹ Miró, G. (1991). *El obispo leproso*. Madrid: Espasa Calpe.
- ¹⁰ Anónimo (s. XVI). *Canto de la Pasión*. Transcrito a partitura por Federico Rogel (s. XIX).
- ¹¹ Cumella, B. (1957) Romance de la Semana Santa. *Revista de la Semana Santa Oriolana*.
- ¹² Miró, G. (1991). *El obispo leproso*. Madrid: Espasa Calpe.
- ¹³ Fenoll, C. (1942). Cristo Yacente. *Revista Momento de la Semana Santa de Orihuela*.
- ¹⁴ Sijé, G. (1945). Invitación al viaje. *Cuadernillo Semana Santa Orihuela, edición facsímil conmemorativa del 50 aniversario de su publicación "Patronazgo de la Ciudad de Orihuela"*.



Esta publicación
se terminó de imprimir
en los talleres de
Gráficas Minerva de Orihuela
el día 4 de abril de 2017
Martes de la Semana de Pasión

ASOCIADA

A.M.G.D.

